

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTORA *HONORIS CAUSA*
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.^a **MARÍA ÁNGELES DURÁN HERAS**

PRESENTADO POR

Dra. **CÁNDIDA MARTÍNEZ LÓPEZ**



UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMXIII

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTORA *HONORIS CAUSA*
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.^a MARIA ÁNGELES DURÁN HERAS

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMXIII



DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE
INVESTIDURA DE DOCTORA *HONORIS CAUSA*
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA

D.^a MARÍA ÁNGELES DURÁN HERAS

UNIVERSIDAD DE GRANADA
MMXIII



DISCURSO DE PRESENTACIÓN PRONUNCIADO POR
LA DOCTORA DOÑA CÁNDIDA MARTÍNEZ LÓPEZ
CON MOTIVO DE LA INVESTIDURA COMO
DOCTORA *HONORIS CAUSA* DE
DOÑA MARÍA ÁNGELES DURÁN HERAS

© UNIVERSIDAD DE GRANADA
DISCURSOS DEL ACTO DE INVESTIDURA DE LA DOCTORA
HONORIS CAUSA D.ª MARÍA ÁNGELES DURÁN HERAS
Depósito Legal: GR. 1182-2013
Edita: Secretaría General de la Universidad de Granada
Imprime: Gráficas La Madraza

Printed in Spain

Impreso en España



SEÑOR RECTOR MAGNÍFICO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EXCELENTÍSIMAS E ILUSTRÍSIMAS AUTORIDADES Y MIEMBROS
DEL EQUIPO DE GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
CLAUSTRO DE PROFESORAS Y PROFESORES
QUERIDAS Y QUERIDOS COLEGAS
SEÑORAS Y SEÑORES

Es un honor tomar la palabra en este acto solemne para presentar la trayectoria académica y el compromiso intelectual de la doctora M^a Ángeles Durán Heras. De esa trayectoria y compromiso habla su extensa y sólida obra, convertida en referente indispensable en la investigación social española e internacional de las últimas décadas. Una obra llena de pasión por la ciencia, de una pasión plena de libertad. Una obra nueva, rigurosa, implicada en la vida, que ha indagado en temáticas hasta entonces desconocidas y ha crea-

do conceptos capaces de iluminar situaciones, relaciones o espacios que, al carecer de nombre propio, habían quedado ocultas para la ciencia. Una obra que constituye el mejor exponente y referente de los Estudios de las Mujeres en España desde que comenzaron su andadura en los años ochenta del siglo pasado. Y tras todo ello, la personalidad, la inteligencia brillante, el talento íntegro, la determinación y creatividad de una mujer de la talla intelectual y humana de M^a Ángeles Durán.

También es un orgullo para mí representar a todas las profesoras del Instituto de Investigación de Estudios de las Mujeres y de Género de esta Universidad, del que surgió la iniciativa de esta investidura, que, tras ser asumida y presentada por el Sr. Rector, fue aprobada por el Claustro de nuestra Universidad.

María Ángeles Durán es licenciada en Ciencias Políticas y Económicas por la Universidad de Madrid (1964), y doctora en Ciencias Políticas (1971) por la Universidad Complutense de Madrid. Su tesis sobre El trabajo de las Mujeres constituye un hito referencial en la investigación española, pues en ella podemos fijar, sin temor a equivocarnos, el punto de arranque del feminismo académico en nuestro país.

Realizó estudios postdoctorales en el Institute for Social Research (ISR), University of Michigan, becada por la Comisión Fulbright, especializándose en socialización diferencial de género y desigualdades sociales. A partir de ahí fue tejiendo una brillante carrera académica docente e investigadora. Catedrática de Sociología en dife-

rentes Universidades españolas (Autónoma de Madrid, Zaragoza, CEU), es desde 1987 Profesora de Investigación en la especialidad de Ciencias Sociales en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

Siempre ha sido una pionera. Fue la primera mujer que obtuvo una cátedra de Sociología en nuestro país. Fue la fundadora del primer Instituto (Seminario) Universitario de Estudios de la Mujer en la Universidad Autónoma de Madrid, auténtico dinamizador de la primera etapa de los Estudios de las Mujeres en España a través de sus Jornadas Interdisciplinares. Ha sido presidenta de la Federación Española de Sociología (FES) y directora de la Cátedra Unesco de Políticas de Igualdad de la UAM.

Su presencia en Universidades y centros de investigación españoles y extranjeros ha sido y es habitual para impartir Seminarios, Doctorados, Masters, dirigir investigaciones, participar en Congresos y Jornadas. Más de doscientas instituciones de casi todos los países europeos, latinoamericanos, Estados Unidos, Canadá, Marruecos, Australia y Japón han tenido el privilegio de contar con su magisterio.

Entre esos lugares y esas Universidades ha estado nuestra ciudad, su Universidad y el Instituto de Investigación de Estudios de las Mujeres y de Género. Desde sus inicios en la década de los años 80 del siglo pasado, la presencia y vinculación de la profesora Durán con el Instituto ha sido intensa y fructífera. Sus intervenciones en Seminarios, Conferencias, Masters o en el Doctorado de Estudios

de las Mujeres y sus reflexiones, formales e informales han contribuido a abrir horizontes, a crear nuevas líneas de trabajo y a consolidar y prestigiar los Estudios de los Mujeres en nuestra Universidad.

Investigadora incansable, su importantísima producción es reconocida en el ámbito científico más allá de su especialidad y más allá de nuestro país, pero es especialmente reconocida por las mujeres universitarias como una gran maestra. Sus investigaciones son referentes obligados, potentes fuentes de inspiración y sugerencias tanto para quienes se inician en la investigación con perspectiva crítica, como para quienes perseveramos en la “sospecha” ante lo que nos viene dado.

La profesora Durán ha creado conocimiento nuevo, tan nuevo que nunca pretende establecerlo todo, pues sabe que en el fluir se enriquecerá y se abrirán nuevas perspectivas. En su permanente esfuerzo por desvelar aquello que permanecía invisible ha abierto nuevos campos a la investigación, haciendo visibles temáticas y procesos que tienen una notable influencia en la vida de personas, grupos y comunidades: la interdependencia entre la vida privada y la pública, el trabajo no remunerado de las mujeres, su valor económico, su valor social, los cuidados a dependientes, las personas enfermas de larga duración, el valor del tiempo y la desigualdad en su uso, cómo se crea, se recrea y se vive la ciudad desde la perspectiva de mujeres y hombres, etc.

Todo ello se ha traducido en una extensa y brillante obra escrita, de la que citaré sólo algunos de sus libros: El trabajo no remunerado en la economía global (2012), El Trabajo del cuidado en Améri-

ca Latina y España (2011), Tiempo de vida y tiempo de trabajo (2010), El valor del tiempo (2007), Los costes invisibles de la enfermedad (2003), Si Aristóteles levantara la cabeza (2003), Los costes invisibles de la enfermedad (2003), La ciudad compartida (1998), Las bases sociales de la economía española (1997), Mujeres y hombres: la formación del pensamiento igualitario (1993), De puertas adentro (1988), La jornada interminable (1987), Desigualdad social y enfermedad (1983), Liberación y utopía: la mujer ante la ciencia (1982), La investigación sobre la mujer en la universidad española contemporánea (1982), El ama de casa. Crítica política de la economía doméstica (1978), Dominación, sexo y cambio social (1978), El trabajo de la mujer en España (1972).

Del volumen de aportaciones y de las nuevas perspectivas e ideas que ofrecen sus publicaciones voy a destacar algunos aspectos, consciente de que esa selección es parcial y vista, lógicamente, desde los ojos de quien les habla.

La obra de M^a Ángeles Durán supone un cambio de paradigma en los estudios sociales, lo que comporta la creación de nuevas teorías, nuevos enfoques metodológicos y nuevos conceptos. La capacidad de María Ángeles Durán para conceptualizar, para dar nombre a realidades, procesos y situaciones hasta entonces inexistentes para la ciencia ha permitido incorporar al análisis científico la vida y el trabajo de las mujeres y de otros colectivos invisibles e infravalorados por los análisis tradicionales. El poder de nombrar es poder de crear, o como bien dice otra de nuestras grandes pensadoras contemporá-

neas, Celia Amorós, “conceptualizar es politizar”. Es traer a lo público y político ámbitos que se han considerado privados o sin valor, descubriendo, como hace M^a Ángeles Durán, que sin ese mundo invisible, el otro, el público y valorado, no podría existir.

Ello le ha llevado, a lo largo de estos años, a desarrollar un pensamiento propio, desenmascarando los sesgos patriarcales de las teorías y metodologías tradicionales, repensando y redefiniendo conceptos, acuñando otros nuevos, ajustando las lentes ante los viejos y nuevos retos y problemas. Una crítica constructiva y reconstructiva que ha dado lugar a nuevas cuestiones que conciernen a lo que la especie humana y especialmente las mujeres saben de sí mismas y traducen en conceptos.

De ahí que la relación de las mujeres con la ciencia haya sido un tema transversal y latente a lo largo de toda su trayectoria. Esta inquietud se plasmó tempranamente en una obra que ha sido durante muchos años una especie de faro guía para la investigación de las mujeres. Me refiero a *Liberación y Utopía. La mujer ante la ciencia* (1982), una publicación sobre las mujeres y la ciencia en su triple relación como sujeto de conocimiento, como objeto de indagación y como usuarias, receptoras o transmisoras de los contenidos de la ciencia.

La mayor presencia de las mujeres en las Universidades españolas y la incorporación de nuevos enfoques en la investigación de y desde las mujeres en el ámbito internacional hacía urgente una nueva reflexión, otra mirada a la Ciencia. *Liberación y utopía* fue, en su

momento, una propuesta que iba más allá de su mero contenido intelectual. En ese libro se anticiparon muchos de los temas que en las décadas siguientes hicieron eclosión por todas partes, en sintonía con los movimientos intelectuales y sociales en España, otros países europeos y Estados Unidos: crítica de los elementos sexistas encubiertos en la teoría, en la recogida e interpretación de las fuentes, en la utilización de procedimientos o técnicas específicas de observación, medición o recogida de documentación; crítica de la organización social en la producción científica, así como la explicitación de las demandas de nuevos conocimientos o la reflexión sobre los medios con que se puede contribuir al rechazo de conocimientos sesgados y a la potenciación de los nuevos conocimientos libres de sexismo que se solicitan de la ciencia.

Las dificultades de esta relación la ha expresado nuestra autora en otros muchos trabajos, pues, como bien señala: “La apertura de nuevos caminos en la investigación requerirá mucho tiempo y esfuerzo para luchar contra la escasez de recursos materiales e intelectuales, contra la desilusión y el desgaste. Los resultados habrán de medirse por décadas o generaciones, porque ningún esfuerzo individual puede contrarrestar el sesgo acumulado durante siglos por sucesivas generaciones de filósofos y poetas, de investigadores y humanistas, entre los que no hubo lugar para las mujeres”.

En las cuatro décadas años que distan desde aquella publicación los *Estudios de las Mujeres y de Género* han crecido extraordinariamente en España. De la crítica a los modelos de construcción de la

ciencia, a su evaluación en relación con la producción de las mujeres y el contexto social en el que éstas se insertan, se ha dado paso a la construcción de un pensamiento propio, innovador, pues, en palabras de M^a Ángeles Durán, “El objetivo implícito del movimiento de mujeres, en su dimensión intelectual, es construir y reconstruir todo el conocimiento”, porque “La reflexión de las mujeres sobre su propia existencia o sobre los campos de la ciencia que más afectan a su existencia, responde a una estrategia de reconstrucción de todo el conocimiento”

Esa estrategia de reconstrucción del conocimiento ha llevado a M^a Ángeles Durán a investigar sobre temáticas tradicionales y menos tradicionales con nuevas miradas, con nuevos enfoques, tan sorprendentes a veces, de tal poder transformador y tan lúcidos que hacen preguntarse a mucha gente.. y ¿cómo es que antes no lo habíamos visto? Y ella responde en su libro Si Aristóteles levantara la cabeza: porque no había ojos que lo miraran,

Así sucede con la que ha sido una de sus líneas de trabajo más fructíferas y en la que ha alcanzado el máximo reconocimiento fuera y dentro de la academia, la que ha tenido como eje el trabajo no remunerado de las mujeres, el trabajo no medido, no contado ni en tiempo ni en valor, el considerado natural para las mujeres y en el que se reconocían sus virtudes, el que no aparece en las cuentas nacionales de contabilidad y, sin embargo, constituye un altísimo porcentaje del PIB mundial y sostiene las unidades familiares.

Su inicio suele situarlo a comienzos de los años 70, aunque, como le gusta decir, al carecer de fuentes empíricas disponibles en

España hubo de claudicar de su primera intención y reducirlo al trabajo remunerado de las mujeres, su tesis doctoral. Desde entonces no ha cesado en el intento de remediar aquella claudicación inicial. Desde la sociología de la salud a la desigualdad social, pasando por el urbanismo, el trabajo no remunerado ha estado presente en sus investigaciones “aunque solo fuera para dejar constancia de su existencia o para subrayar la pobreza y parcialidad de las perspectivas sociales y económicas que no lo tienen en cuenta”

Tuvo su primera eclosión en una de sus obras más emblemáticas: De puertas adentro (1988), donde revela el carácter público del espacio privado. No sólo porque “la construcción de la intimidad se realiza desde el poder y las reglas y las obediencias se instauran hasta en el último reducito”, sino también porque sin las actividades de dicho dominio no podría sostenerse la esfera pública; sin el trabajo no remunerado, la parte oculta del iceberg, no podría mantenerse a flote el sistema en su totalidad.

Desde entonces el trabajo no remunerado y el cuidado en sus distintas vertientes y con sus profundas implicaciones sociales, políticas y éticas han sido una temática central de sus investigaciones. Libros, artículos, Congresos, conferencias, entrevistas en distintos medios han recogido sus novedosos y, a veces, sorprendentes resultados.

“Trabajo no es sinónimo de empleo” repite una y otra vez. La exhaustiva investigación de María Ángeles Durán ha mostrado que el tiempo destinado al trabajo no remunerado (fundamentalmente trabajo doméstico) es mayor que el tiempo dedicado a trabajo re-

munerado, y que la mayoría de los recursos de trabajo se aplican actualmente –de manera especial en España- fuera del ámbito del mercado de trabajo.

El volumen y alcance del trabajo remunerado puede conocerse bien mediante la Contabilidad Nacional, pero el no remunerado es “el gran gigante escondido”. Hay dos mil millones de talleres en todo el mundo que producen servicios ininterrumpidamente fuera del mercado, nos dice en su último libro *El trabajo no remunerado en la economía global* (2012). Es decir hay dos mil millones de hogares, porque “un hogar es un taller que produce servicios... de protección y seguridad, de compañía, de educación, sexuales, de representación social, de descanso, de alimentación, de cuidado de la salud y de atención a la enfermedad. Una larga lista de servicios no monetarizados... Ningún otro sector productivo los iguala en volumen y en importancia económica”.

¿Y cuál es el grado de libertad o de coacción, se pregunta nuestra doctora, con el que se asume individualmente el trabajo no remunerado? Siendo limitado el recurso tiempo, la dedicación del tiempo propio al automantenimiento y al cuidado ajeno reducen las posibilidades de incorporación al empleo, a la educación y a otras actividades.

El interés de María Ángeles Durán por el valor del tiempo ha brotado de la insatisfacción que surge al constatar que el trabajo necesario para la atención al ser humano es ignorado por las interpretaciones económicas y políticas. ¿Cuánto cuesta –y a quién- cuidar

un enfermo que no puede moverse de la cama? ¿Por qué los investigadores otorgan un estatuto analítico a la cañada vacuna u ovina, a la producción de minerales, a las remesas de los inmigrantes, y en cambio ignoran la producción de bienestar que se realiza en los talleres domésticos?

En una de sus muchas entrevistas decía: “el tiempo es la vida. Si a mí me dices que esto vale mucho, yo te respondo: ¿cuánto tiempo ha costado? ¿Cuánto tiempo se puede comprar con esto?”. Sin el apoyo de la red familiar extensa –nos dice en *El valor del tiempo-* “no podría entenderse el funcionamiento del mercado de trabajo español, al que la familia aporta la tranquilidad de un cuidador responsable y muy flexible en horarios y funciones”.

Estos y otros tipos de trabajo no remunerados que se realizan fundamentalmente en los hogares son imprescindibles para la reproducción del sistema, para el bienestar y la sostenibilidad social, y representan en torno al 53% del PIB. En consecuencia, reducir el trabajo al empleo (que supone otorgar solamente valor social a aquello que se compra o vende en el mercado) y considerar como despreciable todo lo demás, supone negarse a ver no sólo una parte de la realidad social, sino –lo que es más grave- inhabilitarse para entender cómo se halla constituida. Las familias son unidades económicas fundamentales de cualquier sistema social. Lo son, por supuesto, porque constituyen nudos de circulación de los flujos monetarios, pero, sobre todo, porque la mayor parte del trabajo no remunerado se realiza en los hogares y dobla en volumen al monetarizado.

El tiempo y el espacio son las dos variables en las que, decimos los historiadores, acontece el hecho histórico, es decir la vida. Por ello el espacio no podía quedar fuera del foco de atención de nuestra nueva doctora.

La ciudad y su uso por mujeres y hombres, la construcción generalizada de su identidad y memoria, las relaciones entre diseño, ideología y compromiso, sus iconos, itinerarios y espacios escénicos, el modo en que las personas que la habitan se relacionan con el entorno urbano o los espacios domésticos han sido objeto de una investigación singular. Ha realizado este viaje, esta aventura por la ciudad, en compañía de arquitectas/os, filósofas, urbanistas, demógrafas, historiadoras., con un enorme bagaje de información, sabiduría y conocimientos y experimentando la ciudad desde su propia vivencia, en las luces y las sombras, los colores, las texturas, los sonidos y olores urbanos.

Mirar la ciudad y la arquitectura desde las mujeres era un enorme desafío. Es poco el tiempo transcurrido desde que algunos colectivos y expertas están aportando un enfoque que incluye a las mujeres como actoras por sí mismas y merecedoras del disfrute de la ciudad, del derecho a sus espacios públicos, a su oferta educativa, cultural o política. Para equilibrar perspectivas, dice, las mujeres tenemos que razonar y transferir nuestras experiencias sobre nosotras mismas, sobre los otros y sobre el conjunto. Ningún aspecto de los que atañen a la vida en las ciudades es ajeno a la calidad de vida de las mujeres y al ejercicio de sus derechos ciudadanos. A las mujeres, nos dice María-

Ángeles Durán, “una vez puestas a pensar y a decir lo que piensan, y a pretender ser escuchadas, ningún ámbito de la vida humana les es ajeno: ni la urbe o la civitas, ni las representaciones del poder, ni el nombre de Dios”

Esta vocación por investigar la vida le hace desear que ésta se impregne de sus conocimientos traspasando los límites académicos, convencida de la capacidad de transformación de la teoría y el pensamiento críticos. Lo hace no sólo llevando su sabiduría más allá de los centros de investigación, sino haciendo del lenguaje una hermosa herramienta de comunicación. M^a Ángeles Durán es una gran comunicadora de la Ciencia. Con ella siempre se aprende algo nuevo, de sus libros, de sus conversaciones, de sus presentaciones. Es capaz de aunar la frialdad analítica y la belleza de la palabra, que la entiende el fondo Monetario Internacional y una asociación de mujeres de una barriada madrileña. M^a Ángeles Durán se ha hecho acreedora de las palabras de María Zambrano: “Sólo se vive verdaderamente cuando se transmite algo”.

Una de las obras en las que se manifiesta en todo su esplendor esta capacidad es en la ya citada Si Aristóteles levantara la cabeza. Como nos dice en el prólogo se trata de “una reflexión sobre la ciencia y la cultura en el proceso social”, pero lo hace de tal manera que nos lleva a percibir, a sentir, el proceso científico en sus entresijos, nos permite humanizar la genialidad y comprender casi sensualmente los productos del conocimiento. Es una obra de animación a la lectura porque contagia el interés por los libros, porque despierta el

deseo de contacto con ellos, con su significado como legado humano más allá de su contenido preciso. Con la sencillez de su sabiduría ha conseguido lo que dice ser su aspiración en el epílogo: unir el árbol de la ciencia y el árbol de la vida.

La repercusión y capacidad transformadora de su obra en la sociedad actual es buen ejemplo del papel que puede y debe cumplir la investigación social. ¿Cuántas leyes, decretos, declaraciones, aspiraciones y esperanzas por mejorar la vida de las mujeres y de otros colectivos dependientes no han estado inspirados en la obra de nuestra nueva doctora? Como diría Gramsci, cuando la erudición sirve para dotar de sentido a la acción colectiva “es un hecho filosófico más importante y original que cualquier hallazgo de una nueva verdad por parte de un genio.”

Esta ingente investigación ha recibido el patrocinio de numerosas entidades internacionales y españolas como el Plan Nacional de la Ciencia, la Organización Panamericana de la Salud (OPS-OMS), UNESCO, la Comisión Europea, la Red Europea de Comisiones parlamentarias por la Igualdad, el Instituto de Cooperación Iberoamericana, las Cortes Generales de España, la Fundación Ford, la Fundación Carolina, la Fundación March, la Fundación BBVA, el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, el Centro de Estudios Constitucionales, entre otros.

Y sus aportaciones intelectuales y su buen hacer académico han merecido numerosos galardones y reconocimientos. Entre ellos el Premio Nacional de Investigación en Ciencias Jurídicas, Sociales y

Económicas Pascual Madoz, la Medalla de Oro del Trabajo, la Medalla de Oro de Extremadura, el Premio “Fernández de los Ríos” de Urbanismo, el Premio Mensajeros de la Paz, el Premio Cultura para la Salud (ADEPS). Es Doctora honoris causa por la Universidad Autónoma de Madrid y por la Universitat de Valencia. Su libro autobiográfico Diario de batalla (2003), fue distinguido por la Fundación para la Educación Pública y Formación Oncológica Continuada (FEFOC) por considerarlo una valiosa contribución a la comprensión de las consecuencias sociales y personales del cáncer.

Toda esa trayectoria está marcada sin duda por un gran amor a la ciencia. Le gusta decir que “sólo tiene miedo a la rutina y a que le abandone la pasión por conocer”. En esta Universidad queremos contribuir a conjurar ese miedo.

Te agradecemos el profundo camino de reflexión y creatividad que nos has regalado y te pedimos que, lejos de la rutina y con esa pasión por el conocimiento, lo sigas recorriendo, ahora también como doctora por la Universidad de Granada

He dicho

DISCURSO PRONUNCIADO POR LA
EXCELENTÍSIMA SEÑORA
D.ª MARÍA ÁNGELES DURÁN HERAS
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO
DOCTORA *HONORIS CAUSA*

SEÑOR RECTOR MAGNÍFICO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EXCELENTÍSIMAS E ILUSTRÍSIMAS AUTORIDADES Y MIEMBROS
DEL EQUIPO DE GOBIERNO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
CLAUSTRO DE PROFESORAS Y PROFESORES
ESTIMADAS Y ESTIMADOS COLEGAS QUE NOS ACOMPAÑAN HOY,
DE GRANADA Y DE OTRAS UNIVERSIDADES
QUERIDAS Y QUERIDOS COLEGAS
SEÑORAS Y SEÑORES

Quiero comenzar dando las gracias a todas las personas e instituciones que propusieron mi nombre para este doctorado honoris causa o secundaron la propuesta. Son muchas y no puedo mencionar individualmente a cada uno de ellas, pero el Rector, Prof. D. Francisco González Lodeiro, y la madrina de este acto, Prof. Cándida Martínez, representan magníficamente a todos. Aunque en el corazón y en la práctica ya era parte de la Universidad de Granada, con esta investidura la Universidad me ha prohijado formalmente;

desde ahora nos vincularán mutuamente los derechos y los deberes, por encima de las vicisitudes administrativas y del paso del tiempo. Gracias por el regalo de su reconocimiento, por el afecto mostrado, y gracias por las muy hermosas palabras de la laudatio.

De mi vinculación con Granada hay un largo rastro. Siempre había admirado la belleza y la densidad histórica de la ciudad, y una de las primeras oportunidades de conocerla más a fondo me llegó de la mano de un proyecto del programa europeo NOW que promovieron en 1992 el Ayuntamiento de Granada y el Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España. Fue el comienzo de una línea de investigación muy fructífera para el estudio de los cambios en el uso del espacio urbano derivados de la nueva posición social de las mujeres. Le estoy agradecida porque me obligó a repensar el modo en que los habitantes de las ciudades las conocen, interpretan, sienten. Por ello, Granada fue la primera ciudad que tuve en mente cuando empecé a escribir el libro *La ciudad compartida*.

La vinculación con esta Universidad también viene de lejos. Hace más de treinta años que vengo participando en conferencias, tutorías y tribunales en Facultades tan diversas como Medicina, Derecho, Historia o Psicología. La vinculación más continuada es la que me une con la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, donde he participado en ciclos de conferencias sobre la infancia (1982), la juventud (1985), o la construcción social de la ciencia (1994). Desde su creación en el año 1995 y hasta la actualidad, disfruto todos los años del placer y el estímulo de participar en el programa doctoral “Problemas sociales y Bienestar Social”.

En cuanto a la investigación, me honra haber cooperado tanto en actividades docentes como editoriales (*Feminae, Arenal*) con el Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres de esta Universidad, uno de los pioneros de este tipo en España. Ya en 1993 participé en el curso sobre “Las mujeres y la transformación de la Historia” dirigido por la Prof. Cándida Martínez, con un seminario sobre “Interpretaciones alternativas de la economía española: nuevos indicadores de desarrollo económico y social”. Y, muy recientemente (2012), con otro seminario sobre aspectos teóricos y metodológicos, dentro del Master Europeo Erasmus Mundus on Women’s and Gender Studies. Pero no es la participación en actividades académicas concretas lo que más aprecio de mi vinculación con el Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres, sino el sentimiento de participar en un amplio movimiento de renovación intelectual y social que tiene lugar en todo el mundo. Todavía somos muchas las españolas que recordamos, porque lo vivimos en carne propia, la época en que a las mujeres nos estaba vedado el acceso a algunos centros docentes y a algunas especialidades. Pero no se trata ahora de exponer pequeñas historias o escaramuzas personales, sino de preguntarse qué tipo de ciencia ha surgido después de tantos siglos de exclusión, y si pueden esperarse grandes cambios para el futuro.

Entre el fragor de unas reñidas oposiciones a cátedra, escribí en el año 1981 *Liberación y Utopía. La mujer ante la ciencia*. Allí decía que la incorporación a la ciencia puede hacerse –y de hecho así sucede normalmente- en el nivel de la simple reproducción y desarrollo de los conocimientos previos, sin cuestionar los posibles sesgos

sexistas de sus cimientos. La presencia actual de tantas mujeres en la universidad, hace paradójicamente menos obvia la necesidad de una revisión teórica para evitar que las disciplinas contribuyan al conservadurismo social.

La situación ha cambiado mucho desde entonces en las universidades españolas y en el mundo occidental, pero Europa es una parte cada vez más pequeña del ancho mundo. Los cambios no son irreversibles y no puede confiarse en que se mantendrán por sí solos. Aunque en el último cuarto de siglo se ha generalizado la presencia de mujeres entre el profesorado y el personal investigador en todos los países desarrollados, este cambio sólo significa el acceso de las mujeres a los instrumentos de la ciencia. Está todavía pendiente de consumarse plenamente su incorporación real a la creación, al desarrollo de temas nuevos especialmente relevantes para la mujer, y a la crítica de los contenidos de carácter sexista que de hecho se transmiten todavía en algunos casos y en algunas disciplinas.

La reflexión crítica tendrá que dirigirse hacia la génesis histórica de cada disciplina (para comprender sus resultados), a los conceptos y teorías (para rechazar los que se consideren falsos o inadecuados), a la organización de los colectivos donde la disciplina se crea, se enseña, se divulga y se recompensa, y a los efectos sociales que su uso o abuso produce en la vida cotidiana.

No será fácil, puesto que ninguna disciplina escapa incólume a la crítica de una mirada que se dirige tanto a los resultados reales como a las omisiones y ausencias. A modo de decálogo, resumo aquí las

diez fases en que el proceso de reflexión podría sintetizarse:

- 1) Recuperación crítica de la historia de la ciencia.
- 2) Explicitación y crítica de la meta-teoría subyacente.
- 3) Crítica de los elementos sexistas encubiertos en la teoría
- 4) Crítica de los elementos sexistas encubiertos en los conceptos o en su operativización.
- 5) Crítica de los efectos sexistas derivados de la utilización o falta de utilización de algunos procedimientos o técnicas específicas de observación, medición o recogida de documentación.
- 6) Crítica de la organización social en la producción de la ciencia o disciplina.
- 7) Crítica de la incongruencia o fosilización de los conocimientos sobre la mujer contenidos en la disciplina, así como de los criterios de evaluación de los mismos.
- 8) Crítica del uso de los conocimientos proporcionados por la disciplina en la vida social y en la práctica profesional.
- 9) Explicitación de las demandas de nuevos conocimientos que puede satisfacer la disciplina.
- 10) Reflexión crítica sobre los medios con que se puede contribuir a la potenciación de los nuevos conocimientos libres de sexismo que se solicitan de la ciencia.

Somos poco conscientes de la riqueza que aportan los recién llegados a la cultura de cualquier grupo social. A menudo, fascinados por el valor fácil de la homogeneidad, percibimos el recién incor-

porado como extraño, una amenaza más o menos seria al sistema establecido. Y también frecuentemente, lo que el sistema pide a los recién llegados es que se mimeticen, que absorban cuanto antes la antigua cultura del grupo. Hoy debemos a los naturalistas el reconocimiento del valor de la biodiversidad, pero no hemos aceptado con la misma facilidad el valor de la sociodiversidad. En la incorporación masiva y rápida de las mujeres al sistema universitario (en perspectiva histórica, un siglo significa brevedad, rapidez), se les ha pedido sobre todo que absorban y repitan el conocimiento previamente acumulado, pero su aportación al conjunto sería más valiosa si no olvidasen su experiencia social como grupo que ha sido hasta hace poco ajeno al ámbito universitario. Quizá en algunas especialidades, ponga por ejemplo la geología o la física de partículas, sea menos relevante el impacto de la tradición cultural sobre el objeto estudiado, pero en muchas disciplinas es decisivo; por ejemplo, en todas las ciencias humanas y sociales, en medicina y urbanismo. Y lo más valioso que las mujeres pueden aportar a la ciencia no son los hechos demostrados o sus certezas, sino sus dudas.

Si he dedicado tantas décadas a la investigación sobre los conceptos, a la observación extensiva e intensiva, hoy dejaré entrar en mi comunicación con ustedes un soplo de otra brisa, un estímulo distinto y más ameno. En las últimas semanas he pensando a menudo en la ceremonia que iba a tener lugar hoy y en la elección del tema de mi discurso. Dudaba si decantarme por las innovaciones en la Contabilidad Nacional que incluyen el trabajo no remunerado, en lo que vengo trabajando desde hace años, o por el papel diferenciado

de hombres y mujeres en los sistemas de salud: su modo de nacer y no nacer, de dar nacencia, de enfermar, de vivir y morir, de cuidar y ser cuidados.

Además del contenido, la imaginación se me escapaba hacia el contexto. Creo que estarán ustedes de acuerdo conmigo en que nombramiento de un doctor es, sobre todo, un ritual festivo. El despliegue de un ritual es para quienes trabajamos en ciencias sociales un objeto de estudio tan fascinante como pueda serlo para un biólogo el momento de apertura de una crisálida y la salida de la mariposa. Como socióloga que soy, no puedo atravesar semejante situación sin preguntarme cómo y por qué me ha correspondido la fortuna de recibir tan inesperado regalo. En estas semanas he anticipado paso a paso la visión de lo que ahora acaba de suceder; la formación del cortejo, la música, las voces del coro; el desconocido texto de la laudatio y sus posibles variantes. Y al final del intercambio de palabras, la subida al estrado para recibir de manos del Rector Excelentísimo los signos de nuestro mutuo compromiso. Inevitablemente, he sentido curiosidad por las previsiones de cómo evolucionará el ritual en el futuro para adaptarse a las nuevas formas de organización del saber. Sin ir más lejos, por el modo en que nuevos colores se irán incorporando al cromatismo de las togas a medida que se desdoblén Facultades o se institucionalicen nuevas especialidades científicas. Pero los colores son signos, metáforas de transformaciones en el sistema de producción y transmisión del conocimiento. Junto al simbolismo evidente del rojo, el azul o el amarillo que la vista reconoce al instante, ¿Qué otros cambios soterrados esperan su turno para aflorar en nuevos y desconocidos signos?

Antes decía que el nombramiento como Doctora Honoris Causa es un precioso regalo. Cuando a Brahms le nombró doctor la Universidad de Breslau en 1879, compuso en agradecimiento la Obertura del Festival Académico (1880), que en su parte final incorpora los acordes del *Gaudeamus Igitur*. Me hubiera gustado corresponder al gesto de la Universidad de Granada de modo similar, con una composición sociológica o socioeconómica dedicada. Creo que cumpliré ese deseo de correspondencia con un análisis de los recursos implícitos de trabajo no remunerado en las políticas de desarrollo en América Latina, pero tardaré uno o dos años en terminarlo.

A la espera de que llegue, hoy les anticipo unas breves reflexiones sobre el poder y el desgaste de los signos que nos rodean. Comencemos por el *Gaudeamus Igitur*, un himno alegre que repetimos puestos en pie y cantamos en la misma lengua en universidades de múltiples países. Anónimo, basado en un texto del siglo XIII y con música desde el siglo XVIII, ha sufrido cambios sustanciales en su contenido. Lo he escuchado muchas veces a lo largo de medio siglo, y de modo más atento en las últimas semanas, en la soledad del despacho y conectada por los auriculares a internet. Al final del texto he incorporado la versión completa en latín y su traducción al castellano, y lo que quiero resaltar es que más de la mitad de sus estrofas ya no suelen cantarse. No tanto, aunque también, porque su longitud resulte excesiva para los actos oficiales, sino porque perdieron vigencia social.

Gaudeamus Igitur, iuvenes dum sumus. Alegrémonos, sí. Pero, ¿alegrémonos sólo porque o mientras seamos jóvenes? En origen, el

Gaudeamus Igitur era un discurso sobre la brevedad de la vida que reflejaba la perspectiva de quienes tenían que vivirla aprisa. Sin embargo en siete siglos, o sólo en dos si nos referimos a la versión moderna del texto, la esperanza media de vida se ha multiplicado varias veces y la mayoría de los profesores e investigadores universitarios de hoy peinan canas. Aun después de apurar el último emeritaje y dejar de grado o por fuerza la Academia, a los post-profesores todavía les aguardan muchos años de lucidez. La vejez es hoy más larga que la juventud y durante ese lapso prolongado de tiempo les vendría bien disponer de un nuevo símbolo con el que identificarse, algo que contrarreste el post molestam senectutem con que nuestro actual himno alude a su circunstancia etaria. Alegrémonos, efectivamente, pero no tanto por ser jóvenes, que es asunto fugaz y de minorías rápidamente sustituidas por otras, cuanto porque después de la juventud todavía queda mucha y buena vida por delante.

Y si el cambio en el ciclo vital ha sido espectacular: ¿qué decir de la irrupción de las mujeres en el mundo universitario? ¿Será capaz el viejo y querido *Gaudeamus Igitur* de renovarse para darles cobijo simbólico, o tendrá que morir y ceder paso a una letra que refleje mejor el espíritu de las universidades actuales?

Cuando empezó a cantarse el *Gaudeamus Igitur*, la presencia de mujeres en las universidades como estudiantes o profesoras estaba prohibida. En España, a mediados del siglo XIX Concepción Arenal tuvo que disfrazarse de hombre para acceder a las aulas y sufrió el escándalo y la expulsión cuando su disfraz fue descubierto. Hoy, las mujeres son mayoría entre el alumnado pero siguen heredando el

conocimiento acumulado en su ausencia. ¿Tiene la ciencia el poder de flotar incontaminada por encima del tiempo y la circunstancia, o la huella del pasado se nota en los temas que le interesan, en los métodos, en los sistemas de selección, en las recompensas? Y si es así; ¿a qué esperamos para cambiarlo?

Sería injusto decir que el *Gaudeamus Igitur* trata mal a las mujeres. Simplemente las piropea al dedicarles una estrofa completa, al mismo tiempo que las excluye como sujetos del grupo que compone y canta. Además de dedicarles una estrofa, por dos veces son objeto del jubiloso *Vivant*;

Vivant omnes virgines,	Vivan todas las vírgenes,
faciles, formosae	fáciles, hermosas!
vivant et mulieres	vivan también las mujeres
tenerae, amabiles	tiernas, amables,
bonae, laboriosae.	buenas y trabajadoras.

El elogio arranca dirigiéndose a las vírgenes, cualidad destacable acompañada en el texto por la hermosura, pero también por la menos compatible cualidad de lo fácil. Me gustaría compartir con ustedes la extrañeza que se siente al poner en boca propia los pensamientos convertidos en verso por otros. Pero si no hay versos de reemplazo, o mientras nos los haya; ¿tendremos que quedarnos callados y calladas, sin música ni emoción colectiva? ¿Quién inventará otros versos más acogedores? ¿Cuánto tardaremos en escucharlos?

Igualmente querría compartir la reflexión sobre el modo en que se asocian las cualidades que se atribuyen al Otro, su secuencia, su

grado de compatibilidad. Virginidad y belleza van juntas en el mensaje, pero: ¿causa la primera a la segunda? ¿Pueden subsistir por separado? ¿O es al revés, que la falta de la segunda potencia la primera? ¿O son posibles en lo fáctico varias combinaciones de elementos, aunque la deseabilidad social sólo se consiga mediante la superposición de sendos positivos? Al añadir al enunciado la condición de facilidad, las interpretaciones del mensaje son aún más complejas. ¿Fáciles ante quién o qué?, ¿para quién o para qué? ¿Son hoy estas cualidades suficientes para merecer el elogio de la comunidad universitaria?, ¿son compatibles?, ¿son siquiera necesarias? En cualquier caso, *tempus fugit*, no parece que la armadura quebradiza de la juventud, la docilidad y la belleza ayuden a superar las barreras de la entrada o la temible forma de tijera de la carrera académica, ni fomenten el empeño en hacer avanzar la ciencia o el de liderar aspiraciones tan legítimas como conseguir un premio Nobel.

Como prosaico contrapunto al elogio de las vírgenes, el Instituto de Estadística y Cartografía asegura que en la actualidad el 37% del total de los nacimientos en Andalucía se producen fuera de matrimonio y en algunas provincias llegan al 42%, lo que no nos ilustra sobre la asimetría de cualidades entre hombres y mujeres pero dice bastante sobre el cambio de criterios en relación con lo socialmente deseable.

El *Gaudeamus Igitur* también desea feliz vida a otras muchas mujeres: ¡que vivan las mujeres tiernas, amables y trabajadoras!, dice. Y me pregunto, y les pregunto a ustedes, si creen que quienes antes llevaban la voz pensante y cantante del himno, querrían para

sí mismos estas cualidades o las depositaban en el Otro (la Otra, en este caso) porque en realidad preferían no asumirlas como propias. Todos han (hemos) tenido o tendremos que competir por las becas; robaremos tiempo al sueño y a las vacaciones para escribir papeles del Citation Index; nos someteremos a rankings exhaustivos que premian más al que se coloca arriba que al que está al lado. Difícilmente podremos evadirnos de concursos y oposiciones, de competir día sí y día también por recursos escasos para la financiación de nuestros proyectos científicos. En medio de tanto ideario darwinista bajo la capa de excelencia, y bajo tan descarada preferencia por el tipo de conocimiento que puede venderse al mercado frente al encaminado a mejor entender: ¿Queda hueco entre las virtudes universitarias para ser tierno y amable, o lo que viene a ser lo mismo, cooperativo y solidario?

En esta ocasión el *Gaudeamus* ha dejado de ser canción y texto para convertirse en pretexto, en metáfora y juego. A las mujeres que ahora se incorporan a la universidad, ¿les toca abandonar las virtudes por las que fueron identificadas y amadas cuando su acceso les estaba prohibido? ¿O aportarán esos valores llamados femeninos a una nueva cultura académica, a la par que social y política?

Cuando se acepta la existencia de un nuevo sujeto social, los cambios que requiere el modo de investigarlo son grandes. En la década de los ochenta empezaban a llevarse las demandas —o lo que es lo mismo, las oportunidades intelectuales— derivadas del reconocimiento de las mujeres como sujetos sociales al campo de la historiografía, por ejemplo en la fijación de los períodos históricos. Me

atreví entonces a decir que las épocas históricas reflejan en exceso la perspectiva del más poderoso y señalé que el Renacimiento no lo vivieron por igual hombres y mujeres. El Renacimiento lo han vivido las mujeres, especialmente las occidentales, en el siglo XX. Lo que entonces atraía mi atención en la Historia, se extendió rápidamente a la investigación en economía, principalmente a la Contabilidad Nacional, donde se plantea el mismo problema de delimitación del sujeto de cada acción. La Contabilidad Nacional, aunque a pocos se les ocurra ver la semejanza, es una narración traducida a cifras. Hay que delimitar los sujetos, las acciones, la dirección de los procesos, el marco temporal. Pero sucede que no es una narración libre, sino sometida a consensos internacionales, a pactos sobre lo que se debe visibilizar y medir y lo que no, por lo que resulta muy difícil la innovación en el discurso.

Por si quieren una muestra de lo que sucede cuando se incorpora al análisis macroeconómico la reflexión sobre el trabajo no remunerado, tras esa incorporación resultan inmediatamente modificados los conceptos e indicadores de producción, renta, riqueza, crecimiento, inversión, ahorro, gasto, consumo y balance exterior, así como las relaciones recíprocas entre ellos. Inevitablemente, también resulta modificada la valoración del éxito o fracaso de las políticas económicas que operan tomándolos como base para sus decisiones.

No voy a extenderme en razonamientos ni en cifras, sólo haré explícita mi esperanza de que en las ciencias económicas se escuche la voz reciente de dos premios Nobel, Stiglitz y Sen, que han pedido una profunda revisión del Sistema de Cuentas Nacionales, y más en

concreto del papel que juegan algunos indicadores básicos como el Producto Interior Bruto (PIB) o la Renta Nacional . Es en lo que llevan trabajando cuatro décadas multitud de investigadores, no sólo mujeres aunque sí la mayoría, que sienten la necesidad de introducir en el análisis económico, y por tanto en el político, nuevas perspectivas que recojan el valor de recursos escasos que a pesar de su alto valor, no tienen precio. Entre ellos, el cuidado que se presta en los hogares a los niños, ancianos y enfermos que nunca podrían adquirirlo en el mercado a cambio de dinero.

Que dos premios Nobel digan que el PIB es un indicador imperfecto de desarrollo y bienestar, o que propongan cuentas satélites de hogares para medir el trabajo no remunerado, no convierte la tesis por ello en más válida de lo que antes era. Lo que sus informes aportan es respaldo, apoyo científico y social. Yo auguro un crecimiento exponencial de la investigación en este campo, que la crisis económica europea ha contribuido a desvelar. Supongo que, lo mismo que con el *Gaudeamus Igitur*, muchos textos sobre economía que han tenido vigencia durante décadas van a perder brillo e iniciar parcialmente el camino del olvido. Alegrémonos, sí. Alegrémonos porque la ciencia está viva y cada día nos saluda con nuevas promesas, permitiendo que quienes estamos dispersos por tierras lejanas volvamos a encontrarnos.

Pero volvamos a la ceremonia. Nunca hasta ahora me había preocupado de reflexionar sobre el sentido del anillo que el Rector entregará a los nuevos doctores, de los guantes blancos, el libro y el birrete. Ahora sé que el anillo simboliza el compromiso con la Sa-

biduría, a modo de alianza en matrimonio o convivencia de hecho. Los guantes son símbolos de la limpieza moral con que deberemos desarrollar nuestro trabajo; pero concédanme venia el Rector y la audiencia para recordar otros guantes y otras manos menos tersas, las de quienes se ensucian materialmente cada día para devolvernos la limpieza en lo ensuciado.

Con el simbólico libro, se alude al contenido del saber y cada universidad elige el texto y formato que mejor le ajusta. Hace treinta y tres años escribí unas páginas sobre *La Leyenda del Libro de la Ciencia* que Vicente de Beauvois (siglo XIII) relató en su *Speculum Historiae*. Es una narración apasionante sobre el poder y la traición en el entorno del conocimiento, que Alberto Jiménez transcribió en su *Historia de la Universidad Española* . Creo que desde entonces no he hecho otra cosa que perseguir ese Libro, tratando de no caer en las trampas que lo circundan.

Finalmente, el birrete. Hay una descompensación manifiesta entre su alto valor simbólico, su funcionalidad y el valor estético que aporta a la imagen del conjunto e individualmente a quien lo lleva. Con algunas excepciones, el desequilibrio es apreciable cuando lo portan los hombres, pero no conozco ninguna excepción cuando lo portan las mujeres, hasta el extremo que la mayoría rehúsan ponérselo cuando no resulta imprescindible. Con ocasión de este acto, sin embargo, he aprendido a mirarlo con ojos más apreciativos. El birrete no es sólo el gorro de un gremio profesional sino la evocación del yelmo de Atenea, diosa de la sabiduría. Si la rememoranza fuese completa, llevaríamos hoy también lanza y coraza, porque en la

tradicón pictórica la defensa de la verdad y el saber requieren todos los atributos del guerrero. Bajo las aguas aparentemente tranquilas del estudio y la docencia son frecuentes las tensiones y conflictos, la pugna entre marcos conceptuales y los intentos de acallar las voces disidentes.

El tiempo reservado en este acto para la aceptación y agradecimiento es breve y ya debiera ir terminando. Finalmente he hablado poco de las Cuentas Nacionales y menos aún de los sistemas de salud. Contagiada quizás del *Gaudeamus*, me he quedado prendida en el instante, en la fugacidad del tiempo que vuela sin dar tiempo a entender lo que nos pasa. He tratado de detenerlo por unos minutos, de reconocer lo que me duele y lo que me alegra, lo que querría olvidar o aprender de nuevo, a través de este destilado histórico que es el ceremonial académico.

El camino del pensamiento es largo y la innovación en el campo de las ciencias sociales está cuajada de dificultades. Demasiada tarea para una sola persona, empeño obligadamente colectivo si el pensamiento ha de salir luego a la calle para convertirse en acción y en vida.

Por eso imploro humildemente la protección de Atenea-Minerva y de cuantos mitos y tradiciones puedan ayudarme en la búsqueda del saber. Aceptaré con agradecimiento su yelmo, trocado en borla de terciopelo. Aunque las reglas no lo contemplen, desde aquí dedico cada uno de los hilos de seda que colgarán sobre mi frente a quienes han hecho posible que hoy lo reciba. A mi familia y amigos, a los

colegas y a los estudiantes. Especialmente lo dedico a las pequeñas heroínas, como la afgana Malala, y a los millones de personas ajenas a los focos mediáticos, que todavía son castigadas y amenazadas por el hermoso delito de querer saber.

Muchas gracias.

Latín

Gaudeamus igitur,
iuvenes dum sumus. (bis)
Post iucundam iuventutem,
post molestam senectutem,
nos habebit humus.

Ubi sunt qui ante nos
in mundo fuere?
Vadite ad superos,
Transite ad inferos,
ubi iam fuere.

Vita nostra brevis est,
breve finietur.
Venit mors velociter,
rapit nos atrociter,
nemini parceret.

Vivat Academia,
vivant professores.
Vivat membrum quodlibet,
vivant membra quaelibet,
semper sint in flore.

Vivant omnes virgines,
faciles, formosae
vivant et mulieres
tenerae, amabiles
bonae, laboriosae.

Vivat nostra societas!
Vivant studiosi!
Crescat una veritas,
floreat fraternitas,
patria prosperitas.

Español

Alegrémonos pues,
mientras seamos jóvenes.
Tras la divertida juventud,
tras la incómoda vejez,
nos recibirá la tierra.

¿Dónde están los que antes que nosotros
pasaron por el mundo?
Subid al mundo de los cielos,
descended a los infiernos,
donde ahora se encuentran.

Nuestra vida es corta,
en breve se acaba.
Viene la muerte velozmente,
nos arrastra cruelmente,
no respeta a nadie.

Viva la Universidad,
vivan los profesores.
Vivan todos y cada uno
de sus miembros,
resplandezcan siempre.

Vivan todas las vírgenes,
fáciles, hermosas!
vivan también las mujeres
tiernas, amables,
buenas y trabajadoras.

¡Viva nuestra sociedad!
¡Vivan los que estudian!
Que crezca la única verdad,
que florezca la fraternidad
y la prosperidad de la patria.